



TRADICIONES Y COSTUMBRES

POR

D. GREGORIO DE MUJICA

EL Director de la Revista EUSKALERRIAREN ALDE comenzó diciendo que para hacer labor expositiva de la costumbres y tradiciones vascas e investigar su origen y compararlas con las de otros pueblos, hacen falta condiciones de que él carece, y añadió que aunque hubiera realizado esa labor superior a sus fuerzas, para exponerla hubiera necesitado mucho tiempo del que no era posible disponer.

Por eso se limitará a hablar de una sola costumbre: de la afición a los toros que en el País Vasco ha existido; la novedad del tema le indujo a ello, y no la afición hacia la fiesta, puesto que el conferenciante es indiferente en absoluto a los atractivos que en el espectáculo encuentran los aficionados.

La *soka-muturra* es, indudablemente, la primera manifestación de la afición a los toros en el País. Describe lo que era, y explica cómo antes las reses destinadas al matadero se corrían por las calles todos los domingos, todos los viernes o todos los días, según la costumbre de cada pueblo. Con notas muy curiosas expone las características que la fiesta revestía en Tolosa, Bilbao, San Sebastián y otras poblaciones, y afirma que los bueyes ensogados a veces se corrían de noche, lo cual hace suponer que iban provistos de luces que anunciaban a los aficionados la proximidad del animal.

Afirma que acaso en esos bueyes iluminados se hallara el origen del *zezen-suzko*, y tomando pié de la afirmación) habla de esta costumbre de correr el toro de fuego y expone muchas noticias históricas salpicadas de amenísimos detalles.

De la *soka-muturra* se pasó a correr los toros sueltos en las plazas, y arrancando desde el siglo XIV en que los bermeanos ya consideraban como «inmemorial» el correr toros y novillos, el señor Mujica hizo una excursión histórica por las poblaciones de Guipúzcoa y Vizcaya y dió cuenta de infinidad de preciosos detalles relativos al espectáculo, que se ha celebrado en casi todas las poblaciones del país con más o menos seriedad, desde las mojigangas de pueblos diminutos hasta la corrida que para celebrar los desposorios entre el Príncipe de Asturias y la Infanta de Portugal D.^a María, organizaron las Juntas Generales vizcaínas en Guernica.

Habla luego de la procedencia de los animales que se corrían, y cita lugares y caseríos del país en los que se dedicaron, y se dedican aún, con éxito a la cría de reses bravas. Dice en qué forma se disponían las plazas, qué suertes tenía el toreo entonces, qué costumbres regían entre los espectadores, a cuánto ascendía el importe de los toros y de los diversos útiles empleados en la fiesta, y cita nombres de toreros vascos, narra las excursiones que realizaban, y describe las hazañas debidas a la fuerza y la destreza extraordinaria de aquéllos.

Como final de la extensa y pintoresca exposición dice que, a pesar de todos los datos que ha dado a conocer, no cree que los atractivos del arte del toreo hayan sido la razón principal que llevase a los antiguos vascos a las plazas de los pueblos; cree que en esa decisión tendrían no poca parte el culto a la fuerza y la participación que como elemento activo tomaban en la fiesta. A medida que el toreo se ha ido vinculando en gente profesional y se ha ido reduciendo el poder de la fuerza y de la habilidad natural, la afición ha ido decayendo; buena prueba de ello son las numerosas plazas de toros del País innecesarias cuando se levantaron y condenadas hoy, en su mayoría, a no abrir las puertas más que una sola vez al año.

Aludió ligeramente al aspecto moral del espectáculo, y terminó haciendo notar que el P. Mendiburu, basándose para ello en que «habían sucedido casos malos y otros podían suceder», había trabajado con éxito en su tiempo para desterrar esta fiesta tan poco espiritual.

